

1094

► NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS ◀

**LA BATALLA DE QUART.** La astucia del Cid Campeador contrastó con la ineptitud de los generales almorávides que combatieron en la «batalla de Quart»

de octubre de 1094 en los alrededores de Valencia. Con su acción, Rodrigo Díaz de Vivar cortó una inmensa expedición que desde el norte de África pre-

tendía llegar a Roma. Para conseguirlo, y teniendo en cuenta la manifiesta desigualdad entre las fuerzas, puso en acción sus indudables dotes de estratega.

## La estrategia del agua y el barro

JOSE LUIS TORMO

El verano del año 1094 tocaba a su fin. Apenas transcurridos tres meses desde su toma de Valencia, un preocupado Rodrigo Díaz de Vivar, el «Cid Campeador», recibía informaciones acerca de un impresionante contingente de más de cien mil personas -hombres, mujeres, niños e incluso ancianos- que con todas sus pertenencias y gran cantidad de animales -caballos, elefantes y miles de camellos- penetraban en la península a través del estrecho de Gibraltar, custodiados y protegidos por un espectacular ejército de aproximadamente cincuenta mil efectivos perfectamente equipados y dotados con revolucionarios ingenios de guerra cuyo destino final era nada menos que Roma. No tardó el Campeador en darse cuenta de que el primer y acaso el único obstáculo para aquella gran marcha era, precisamente, el mismo.

No le faltaba razón al guerrero castellano. El poderoso señor de los árabes norteafricanos, Yusuf Ibn Texamín, había puesto como punta de lanza en la vanguardia de la enorme expedición que el mismo había inspirado a su sobrino Muhammad, quien disponía de órdenes precisas no ya de recuperar Valencia, que eso se daba por sobreentendido, sino de capturar al Cid y presentárselo «cargado de cadenas».

### Información puntual

A finales de septiembre, la formidable caravana se detuvo en Murcia. Para entonces, las numerosas fuerzas que dirigía Muhammad se habían incrementado notablemente merced a las nuevas incorporaciones de hombres y armas que diversos reyes moros de la península aportaban al proyecto siguiendo las peticiones cursadas por el propio Yusuf pocas semanas atrás. En la ciudad, mientras tanto, el Cid era puntualmente informado de cada maniobra y comenzaba a tomar sus propias medidas ante lo que se avecinaba. Convencido de la presencia de espías y consciente de que la mayoría de los vecinos de Valencia -musulmanes en su práctica totalidad-, esperaban ilusionados la presencia de tan fantástico ejército, ordenó requisar todo el hierro que hubiera en la ciudad e inutilizar las galeras y navíos del puerto para evitar tentaciones de connivencia con las fuerzas que llegaban por mar.

Las avanzadillas almorávides habían elegido acampar en un inmenso llano situado a unos cuatro mil pasos al oeste de las murallas de la ciudad, entre la alquería de Mislata y el viejo asentamiento romano de Quart. Un lugar en el que no faltaba ni el agua, canalizada por un entramado de caudalosas acequias, ni el forraje para los animales, dada la abundancia de algarobos. Varios miles de tiendas fueron montadas en pocas



EL MUNDO

Rodrigo Díaz de Vivar.

horas. Una ciudad provisional, diez veces más habitada que la que se pretendía tomar, quedó organizada en apenas cuatro jornadas. Cuando, con la llegada de la luna nueva del 14 de octubre de 1094, la formidable comitiva celebró el fin de los ayunos del Ramadán, el Cid Campeador se convenció de lo arriesgado que era conducir el conflicto por la vía del enfrentamiento directo.

Optó por ganar tiempo. Aprovechando la euforia que se vivía en el campamento enemigo al que diariamente se acercaban vecinos de todos los pueblos ofreciendo viveres a los acampados, infiltró varios de los suyos entre aquellas familias para seguir recibiendo información de primera mano. Mientras, siguiendo sus órdenes, avezados herreros vascos fabricaban en las fundiciones de Valencia centenares de escudos ligeros. Cargado de intención, hizo correr el rumor de que esperaba tropas de refuerzo de sus aliados, los reyes cristianos de la península.

El bulo no se sostenía en pie pero a los generales moros comenzó a entrarles la prisa. Por fin, cuando anocheciendo el 24 de octubre las nubes se cerraron sobre Valencia y grandes truenos acompañaron la caída de las primeras gotas de agua tras varios meses sin lluvia, el Campeador vio llegado su momento. Eran las habituales y violentas tormentas de otoño lo que tanto había estado esperando. Esa misma noche, bajo un intenso aguacero que obligó a los acampados a recluirse en sus tiendas, la plana mayor del castellano puso en marcha una acción largamente preparada durante las jornadas anteriores. Protegidos por la tormenta y la oscuridad, unos dos mil jinetes salieron de Valencia en dirección norte a toda velocidad. Los centinelas almorávides interpretaron que el Cid, resignado, comenzaba a evacuar la ciudad. Poco después, confirmaron sus sospechas al distinguir varios carros que cargados con familias

y aperos de labranza, seguían el camino de los jinetes.

La tormenta arreciaba al amanecer el día 25. La plana mayor de los sitiadores moros, vistos los movimientos del Cid durante la noche, decidió tomar la ciudad de Valencia rápida y fácilmente. De pronto, cometiendo un error de principiante que hizo sonreír a los generales musulmanes, unos centenares de infantes con el Campeador al frente, salieron por la puerta de Quart en dirección al campamento enemigo dando grandes voces, protegiendo sus cabezas con los escudos recién fabricados y pretendiendo hacer frente a la caballería mora que se armó inmediatamente mientras en el campamento se iniciaba el trabajoso traslado, agravado por el barro de las lluvias, del impresionante material bélico pesado tirado por elefantes y camellos hacia la ciudad sitiada.

### La señal convenida

No había error alguno en la estrategia. Alcanzada la mitad del corto trayecto, la infantería que agrupada bajo sus escudos había soportado un pertinaz diluvio de flechas, escuchó la voz del Cid ordenando la retirada y el regreso inmediato a la ciudad. No era, como interpretaron los árabes, una huida vergonzosa. Era una señal convenida. La que esperaban aquellas familias -que aparentemente habían huido de Valencia en carros con sus enseres- para romper los diques y pretilos de las acequias próximas que, crecidas por la tormenta, desparramaron sus aguas por el llano inundándolo en su totalidad, dejando inservibles las grandes máquinas de guerra, dificultando el paso de los animales que quedaron atrapados en el cieno e impidiendo el precipitado regreso de jinetes e infantes al oírse gritos de pánico en el gran campamento cuando, coincidiendo con la devastadora riada que, bajo la lluvia, había diezmado las fuerzas almorávides, se presentaron aquellos dos mil jinetes que, durante la noche, habían sido vistos salir vertiginosamente de la ciudad en dirección al norte.

La jugada fue perfecta y el número de bajas mínimo por ambos bandos. Los desconcertados componentes del gran campamento confundieron tan marciales e inesperados efectivos con los refuerzos que el Cid había asegurado estar esperando. Hostigados por ambos flancos, los guerreros almorávides supervivientes que no fueron apresados iniciaron una oprobiosa desbandada que acabó en el castillo de Xàtiva. En el «plá de Quart» quedaron decenas de miles de familias indefensas que, antes de ser abandonadas a su suerte, fueron objeto de un expolio sistemático que concluyó con uno de los más abundantes botines de la historia guerrera del Cid.

### PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

#### Santa María Micaela

J.L.T.

La hagiografía suele presentar a María Micaela Desmaisieres y López Dicastillo, nacida en Madrid el 1 de enero de 1809 en el seno de familia noble y acomodada, como una mujer virtuosa agotada por una insufrible doble vida en la que compaginó las grandes fiestas mundanas que su rango exigía con la piedad que le pedía el cuerpo y, naturalmente, el alma. Poco se habla, sin embargo, de sus disgustos. Muere su madre siendo casi una niña. Muere su padre poco después. Su hermano Luis muere al caer de su caballo y, según los santorales, tuvo que pasar por el trance de ver enloquecer a su hermana Engracia cuando una niñera de sensibilidad discutible, a falta de otros espectáculos, tuvo la ocurrencia de llevar a la chica a presenciar un ahorcamiento.

Con ese bagaje, viajó a París donde su hermano, el Conde de la Vega del Pozo, había sido destinado como embajador de España. Y otra vez a lo de siempre. Por la mañana, vida piadosa, caritativa y de oración y por la tarde, *sarao* múltiples. A su regreso a Madrid conoció a doña María Ignacia Rico, virtuosa dama que la introdujo en el drama de las mujeres de vida galante. Ahí vio clarísimamente María Micaela su destino. Comenzó a ayudarlas con todos los medios de los que disponía, soportando rumores y risitas de los círculos sociales en los que habitualmente se movía. Nada de eso importaba a Micaela que un día, hartísima, dejó su doble vida para, en compañía de otras siete hermanas de la Caridad, fundar la *Comunidad de Hermanas Adoradoras del Santísimo Sacramento* dedicada, entre otros fines, a la protección de las mujeres de sendero equivoco.

Era el 6 de enero de 1859 y Sor María Micaela del Santísimo Sacramento acababa de cumplir 50 años. Desgraciadamente, su vida apenas se prolongó otros seis más. En ese intervalo abrió casas en Barcelona y en Valencia que es donde se encontraba cuando a mediados de 1865 se desató una terrible epidemia de cólera. En Valencia se contagió y en Valencia murió el 24 de agosto de ese mismo año.